

V A R I O S

— *“Cántico” en el recuerdo.* Doce sonetos de Pablo García Baena. Aunque sean muy pocos los libros que anualmente se editan en Córdoba como hizo notar en solemne acto académico, don Miguel Salcedo, pues en la industria editorial se impone también de modo inexorable la ley económica de la concentración, no dejan de aparecer libros de asunto cordobés o escritos por cordobeses.

Este es el caso del titulado “Almoneda”, editado pulcramente en Málaga por la librería anticuaria “El Guadalorce”, en el que se recogen doce sonetos del poeta cordobés Pablo García Baena.

Los versos de Pablo García Baena responden a la más brillante tradición de la poesía andaluza, ejemplo insuperable en el empleo de un lenguaje preciso y exacto, como una demostración matemática, enriquecido con imágenes del más sugestivo cromatismo. De tener que acudir a alguna manifestación plástica con que representar los versos de este poeta, creo que nada tan adecuado como comparar su tarea con el lenguaje a la labor de nuestros orfebres, pues su maestría evoca de modo inevitable las mejores filigranas que el noble arte de la platería ha prodigado entre nosotros.

La obra literaria de García Baena va unida a aquel gran movimiento iniciado por los difíciles años cuarenta, que cristalizó en la revista “Cántico”, dirigida por el llorado Ricardo Molina, Juan Bernier y el propio García Baena, y de su alta calidad es prueba concluyente el que muchos de ellos tienen incorporados sus nombres a las mejores antologías poéticas, entre las que quiero recordar la “Antología de la nueva poesía española”, de José Luis Cano.

Venciendo las conocidas dificultades inherentes a toda revista de poesía, aún tuvo “Cántico” una segunda época, en que junto a los cordobeses figuran nombres como los de Vicente Aleixandre y Jorge Guillén y contó con unas páginas bibliográficas de verdadera altura.

Por aquellos mismos años otra revista, "Alfoz", contribuyó también, de modo considerable, a la nombradía del movimiento poético cordobés.

La reedición de estos sonetos de Pablo García Baena lograrían su mejor fruto si trajeran de nuevo aires de renovación en nuestro panorama literario. — *Juan Gómez Crespo.*

- "*Función social de la poesía*", reeditado por la Fundación Juan March a tres años de su muerte, Ricardo Molina, de nuevo en la brecha, a pesar de sus enemigos.

Una de las actividades de la Fundación Juan March es el lanzamiento, a través de su servicio de publicaciones y en colaboración con prestigiosas firmas editoriales del país, de todo un programa de ediciones agrupadas en tres apartados: Fuentes literarias de las lenguas hispánicas, Compendios y Monografías.

Dentro de la colección de Monografías y coeditadas por Guadarrama, ha lanzado los cuatro primeros volúmenes de su apartado Humanidades, entre los que destaca "Función Social de la poesía", del poeta cordobés y académico Ricardo Molina.

Como se recordará, Ricardo Molina falleció en 1968, habiendo nacido en 1917. Cincuenta y un años que dieron de sí una actividad abundante en poesía, ensayos estudios profundos e inigualables sobre flamenco, actividad docente, etc.

Cincuenta y un años sólo, que quizá no dieron de sí la total dimensión de su valía, de su fuerza creadora.

Entre sus poemas se recuerdan "Elegías de san Juan" y el premio Adonais de Poesía de 1947 "Corimbo". Igualmente realizó un profundo estudio de la obra de Berges y Francis Jammes.

La obra editada ahora por la Fundación March, "Función social de la poesía", es un estudio documentadísimo sobre la función del poeta y de la poesía a través de los siglos, de las civilizaciones, de las culturas.

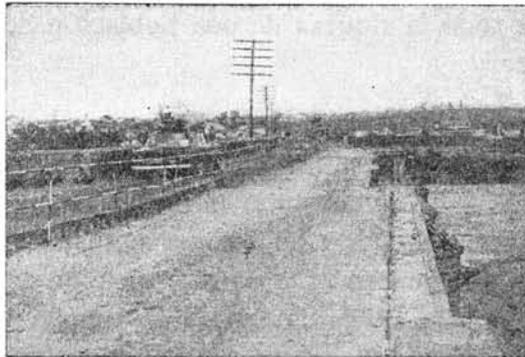
Con esta edición es posible que sus detractores, sus críticos, aquéllos que buscan siempre torcidas maquinaciones para empañar la valía del que sobresale por su propia calidad, o tal vez para encubrir la propia impotencia, reciban ahora un duro golpe, y tengan que rectificar, aunque sea cosa de sabios, y al hacerlo tengan que jugar un poco en serio.

Ricardo Molina es otro personaje cordobés que, aparte de un nutrido grupo de fieles amigos, sólo encontró en esta Córdoba nuestra la fiel respuesta a quello de que nadie es profeta en su tierra, respuesta que en la Córdoba senequista —ya afortunadamente sólo una parte en fase de reliquia— cobraba un valor superlativo.

Es curiosa la coincidencia de esta noticia del reconocimiento de la valía de un poeta cordobés, de un estudioso cordobés, por tan prestigiosa entidad, sin hurgar morbosamente en implicaciones personales, con el inicio de una nueva etapa universitaria en la villa y la festividad de Todos los Santos.

Un explosivo cóctel como símbolo de los que luchamos, jóvenes y mayores jóvenes, contra la desidia, la pereza, el senequismo, la abulia quizá de los que se escandalizan porque hablamos claro y porque queremos una Córdoba vibrante, sin prejuicios, sin cabezadas humillantes, sin aislamiento, sino siendo nosotros estar al nivel que socialmente nos corresponde.

Eladio Osuna



**Obras de ensanche en el histórico
Puente de Alcolea. 1968-70.**

TIERRA NUESTRA
LA CIUDAD IBERICA DE TORRE PAREDONES

Por Juan Bernier Luque

Desde toda nuestra campiña norte, desde las tierras del gienense Metos, desde las cumbres del Monte Horquera, se divisa la levantada meseta, cuya cumbre está hoy coronada por un castillo medieval. Sus torres triunfan en el horizonte de las besanas de Castro y Baena, y poca gente sabe que allí donde el castillo, hubo una ciudad rica, poderosamente fortificada, vivero de ricas obras de arte iberos y romanas, espléndidas murallas y grandes columbarios sepulcrales, en cuyas cistas se mezclaban los nombres de los habitantes latinos y autóctonos. Vosotros podéis ver su silueta con solo mirar al norte de vuestro viaje por la carretera de Granada, casi en cualquier punto, porque es dominante sobre las onduladas tierras, como el castillo de Almodóvar, Espejo y de la torre baenense del Montecillo. Situado en tierras de Baena y Castro y en su límite no es ruta fácil y de ahí su desconocimiento. Pero es uno de los sitios más estupendos de paisaje y visualidad de la provincia y también, sobre todo, cargado de una historia y un misterio poderoso que se desprende siempre de aquellos sitios antes vivos y ahora muertos, llenos de ruinas y rectos, en los que se ven y adivinan los fuertes muros, los cimientos de un caserío, las calzadas de la calles y sobre todo la riqueza de una población de la que ni siquiera sabemos el nombre.

Sabemos por la historia que en la época medieval este poblado se llamó Castro el Viejo. Sabemos que su castillo, según las crónicas, fue lugar donde se avistaron y alojaron reyes, como por ejemplo, Alfonso XI. Pero ya hacía siglos que no quedaba de la antigua población sino una pequeña aldea, como sucedía también en el antiguo esplendor de Ategua, la ciudad más grande de la campiña ibérica, que apenas sobrevivió a la reconquista cristiana. Sólo que en Torre Paredones los cristianos edificaron o reconstituyeron una fortaleza, como hicieron también en el Montecillo de Baena, ciudad también que viviendo en la misma época, desde por lo menos el siglo V antes de Cristo, se apagó también. Triópolis de nuestra campiña, estas tres poblaciones siguieron el destino de lo humano.

Hoy la meseta que corona el castillo de Torre Paredones —una plana de varias hectáreas— nos muestra donde se asentó la ciudad. Por algunos

sitios aparecen trozos de enormes murallas cuya estructura es más fuerte que la de Ategua, con salientes o torres redondeadas o cúbicas. Millares de fragmentos de cerámicas griegas, campanienses, ibéricas y romanas, se extienden por la meseta y sus laderas. En los alrededores tumbas subterráneas señoriales han aparecido desde lejanas épocas. Estatuas romanas e ibéricas se han perdido o están en nuestro Museo Arqueológico. Por doquier vemos la presencia de una ciudad y no necesitamos inventar ni menos plantearnos dudas. **NO EXISTEN** más ciudades que la que forzosamente han dejado sus restos. Por lo tanto podemos reconstituir perfectamente la geografía antigua de nuestra provincia sin pensar en fantasmas. Para esto, señores historiadores teóricos, hay que salir de la biblioteca. En esta comarca existían y **EXISTEN**, porque lo marcan sus restos, Ategua, Castro el Viejo, Torre del Montecillo, Cerro Molinillo e Izcar. Todas estaban presentes en los acontecimientos del año 45 antes de Cristo, cuando el sitio de Ategua y la batalla de Munda.

Hoy queda el castillo solo y triunfal sobre la campiña. Solar de don Payo Arias de Castro, de su hijo Martín, pasó a la ciudad de Córdoba y Alfonso XI no consiguió que saliera de su poder. Después Enrique III, que lo donó a Pedro Fernández de Valenzuela, tampoco consiguió su deseo. Hasta que los castillos se hicieron ruina Córdoba y algún tiempo los condes de Cabra, pusieron sus alcaides. Y queda sobre todo el problema del Ituce pliniano o Castrum Priscum para nombrar a esta ciudad de nombre desconocido, pero de grandeza y esplendor patente.

A large, stylized handwritten signature in black ink, reading "Juan Bernier" with a long, sweeping underline.

JUAN BERNIER
«Córdoba» 16 - 2 - 68

— RICARDO MOLINA. LENTAMENTE. ANTOLOGIA 1945-1967.

Por FRANCISCO VELEZ NIETO

Por Francisco Velez Nieto (1). La poesía, esa cosa extraña que no cesa, está acostumbrada a la oscuridad y la paciencia (ver el homenaje a Lorca y Miguel Hernández). Pues, de hecho, existe una cosa muy clara en cuanto arte y literatura: cuando éstos valores están dados dentro de una auténtica creatividad, ese conjunto de tales valores se hace a la luz, se extiende inexorablemente por encima de la dejadez, el cerco, las corrientes o la ignorancia voluntaria.

Andalucía tiene poetas de una gran significación. No obstante, por unas u otras razones, han permanecido —salvando las minorías— casi desconocidos durante un largo período de tiempo. Un caso concreto es el del sevillano Germuda, hoy en las mejores alturas de los grandes poetas de su generación. Un camino semejante parece que recorre otro poeta del sur: Ricardo Molina. Nacido en Puente Genil en 1917 y desaparecido en Córdoba en enero de 1968, un poeta muy conocido en los reducidos círculos poéticos de Andalucía y de España, dejó esta vida sin conocer —digamos— una más amplia difusión de su obra poética y en prosa. Toda ella (me refiero a la poética) o casi toda ella (pues dejó interesantes inéditos), publicada a partir de 1945 en ediciones de tiradas limitadas, es ahora cuando rompe hacia un público más numeroso. Estas pequeñas ediciones poéticas son aquellas de provincia que, con la aportación económica, en la mayoría de los casos de los propios autores, prestan con el correr del tiempo unos valores históricos y literarios cuyo verdadero mérito no es reconocido, pues sin ellas difícilmente se hubiese logrado dar a la luz tan importantes poetas, algunos de los cuales incluso hubiesen desaparecido. Especialmente en este país, donde la cultura no oficial —en este caso, la poesía— ha sido una lucha sostenida incansablemente por unos grupos que olímpicamente han desafiado la oferta del juego ofrecido.

Cuando el "imperio" había arrancado "*al cuarto vuelta*" con su eufórica (corría el año 1945), los buenos poetas de la tierra de Góngora crean la revista "CANTICO", de espaldas a toda retórica del tiempo. Entre ellos se encontraba Pablo García Baena —otro gran poeta al que se le va situando lentamente (2)—, y Ricardo Molina. Fue un tiempo de difícil ejecutoria para la poesía. Ellos asumieron esta responsabilidad, sabiendo, incluso, que se quedarían aislados. A Molina le tocó

en suerte mala no ver su obra en auge, su vida: *“La vida de un profesor de instituto de provincia, en una ciudad —Córdoba— donde vivió siempre con el altivo decoro del asalariado dómine no muy bien visto por su condición de puro intelectual declarado, de poeta “moderno” y de persona que, naturalmente, rompía moldes convencionales, saltándose a la torera determinadas leyes del juego de una sociedad burguesa, tan tolerante en siglos árabes”*. (Son palabras de Mariano Roldán, autor del prólogo y de la “Antología”), nacía poéticamente con unas circunstancias muy difíciles para una obra poética con ambiciones. Años de garrulería, de miseria mental y de la otra, donde el tono de voz estaba demasiado controlado, fueron, en general, los más dramáticos para toda la cultura española. Y cuando esta situación se despereza un poco, surge una nueva que le produce al poeta otra marginación: la llamada poesía “social”. Dos circunstancias imperativas, que no podían coincidir con el autor cordobés. Entre lo oficial y lo “social” tan mal entendido, el poeta tiene que elevar la voz de una manera especial. Amplio conocedor de la cultura popular, de los cantos de la tierra (3), Ricardo Molina sabe escalar por encima de estas dos situaciones, aunque esto supuso, por partida doble, el cerco lírico de igual forma que a la mayoría de los poetas de la revista “Cántico”. Ahora, con esta “Antología” de Plaza y Janés, el lector que desee degustar a un gran lírico (del que hablaremos, con tiempo y calma, sobre su obra, de igual manera que algunos andaluces insistentemente lo hemos hecho con Cernuda por considerarlo una obligación, con pasión y modestia, en el afán de colaborar a la divulgación de auténticos valores), tiene la ocasión, con esta obra compuesta por poemas de once de sus libros —algunos inéditos, como el de “Homenaje”— de conocer cómo cantan algunos poetas andaluces, marginados por miles de razones, y leer poemas como los de “Homenaje”, dedicados a Bécquer, Brecht, los Machados, Cernuda, Jorge Guillén, Neruda y tantos otros donde se puede medir su gran altura. Dejemos constancia, junto con estas notas de esa calidad, rindiendo a la vez un modesto homenaje al infortunado, todavía Miguel Hernández, incluyendo el poema que un día Ricardo Molina le dedicó desde su callada Andalucía.

PENA VEGETAL

Homenaje a Miguel Hernández.

*Le voy poniendo a cada pena mía,
para olvidarla, el nombre de una planta*

*Así tal pena en flor ríe y levanta
su cara de oro al esplendor del día.*

*Así, la veleidosa fantasía,
a la firmeza del dolor quebranta
y, convertido en flor, no llora,
canta,
tirso que el alba pálida rocía.*

*Un negro muro sollozante escala
húmedamente muda y verde yedra.
De la fría azalea sale un ala.*

*Mi pena vegetal, que nada arredra,
olor y amor a verde campo
exhala sobre mi suerte de impasible piedra.*

- Notas: (1) ANTOLOGIA 1946-1967. Plaza & Janés, 1976.
(2) Poemas 1946-1961. E. Ateneo de Málaga, 1975.
(3) "Mundos y Formas del Flamenco", 1966. R. de Occidente
"Misterios del Arte Flamenco". Sagitario, 1967.

(Del "CORREO DE ANDALUCIA" 6 junio 1976 que por su interés reproducimos).

DIARIO DE JORGE TICKNOR

Página 76-78. Editorial Espasa Calpe Colección Austral

Córdoba, septiembre 18¹⁸. —En total, permanecí en Córdoba dos días y medio, y no me divertí poco con lo que vi allí del pueblo y de la sociedad.

Fue totalmente distinto de lo que había visto en Madrid. Los castellanos son divertidos en sus círculos privados; los andaluces son alegres siempre y en todas partes y tienen cordialidad para los extraños que, si no es una hospitalidad más eficaz que la del Norte, es mucho más fascinadora. La nobleza es rica y generalmente agricultora, aficionada a la vida

del campo y a sus diversiones grandes cazadores, amigos de las «tientas» y picadores, y, sobre todo, muy orgullosos de tener hermosos caballos y buen ganado. En estas ricas llanuras es donde primero advertí la verdad de la descripción de Rojas en la riqueza de Castañar y de la naturaleza de sus rentas, pues con frecuencia me han enseñado fincas donde se mantienen desde 300 a 500 caballos, mil reses, etc., etc., pues estas cosas constituyen la fuerza y la riqueza de esta tierra. Pasé toda la noche en casa del Marqués de Villaseca, el hombre más rico de Córdoba y la casa más agradable de la ciudad, según me dijeron en Madrid. Van pocas personas a ella, pero las que van lo hacen familiar e íntimamente, y, al menos para mí, la sociedad fué interesante y divertida. El marqués es un hombre joven, con noventa mil duros al año, grato, amable, hospitalario e ignorante, con una casa llena de criados viejos, cuyos padres han servido a su familia —como es costumbre aquí— desde incontables generaciones, y que, por consiguiente, lo tratan con gran respeto, desde luego, pero con familiaridad todavía mayor.

El duque de Rivas es un verdadero noble andaluz, amante de la caza y de los caballos, encantado de vivir entre sus vasallos y de fomentar la agricultura; soldado valiente y afortunado y un diestro picador. Don Angel, al que, según me han dicho, quieren entrañablemente, es, sin duda, uno de los jóvenes más extraordinarios que he encontrado en España. Tiene hermoso aspecto, un rostro encantador, lleno de genio, ha escrito varias obras que han sido acogidas en los teatros españoles, pintó un gran cuadro que hizo mucho ruido en la última exposición de Madrid, es valiente como un César, ya que ha recibido once heridas graves en lucha con los franceses, y, a pesar de todo esto, es muy modesto, sencillo y elegante en sus modales, y un puro andaluz por la alegría de su carácter, su destreza como jinete, su amor a las corridas de toros y su habilidad como picador. Pasé realmente mis noches muy felizmente con ellos. Las diversiones consistían en bailar, cantar, etc., y la noche antes de irme bailaron sus bailes típicos con los trajes regionales para satisfacer mi curiosidad, de suerte que estuve con ellos hasta casi el amanecer, como si hubiera sido andaluz.

El 20, muy temprano, dejé Córdoba y volví sobre mis pasos hacia Andújar, donde cené. Allí me desvié y, metiéndome en seguida en las montañas, continué mi viaje por un terreno quebrado y pintoresco, donde, aunque sólo había un camino para caballos, encontré con frecuencia ciudades de importancia y casi siempre con algunas fortificaciones moriscas de consideración cerca de ellas, hasta las cuatro de la mañana del 22, en que, después de haber hecho un recorrido de veinticuatro horas con la

posta, por seguridad, entré en Granada...

Después de descansar un poco, fuí al palacio del arzobispo y presenté la carta del Nuncio. El arzobispo es un anciano de cerca de setenta años, pero tan bien conservado que no aparenta más de cincuenta y cinco, sencillo en sus maneras y casi tosco, y con un fuerte aire de auténtica resolución eclesiástica y de autoridad en todo lo que dice y hace. Después de hablar con él unos minutos me cogió por la levita y llevándome a través de una larga serie de habitaciones me dió la llave, diciendo: «Estas habitaciones son las de usted, y este criado no está a más órdenes que a las suyas, mientras esté usted en Granada; pero puede hacer uso de ellas, o no, según le plazca, pues no he de averiguarlo nunca. Además, yo como todos los días a las dos y usted tendrá siempre un cubierto en mi mesa; pero si usted no viene no me quejaré por ello, pues quiero que usted haga exactamente lo que le agrada». Era ciertamente, el recibimiento más sencillo y hospitalario que podía ofrecerse a un extraño, y su conducta mostró después que sus palabras debían tomarse literalmente en serio, pues no hubo nada que no hiciera por mí durante los dos días que estuve en Granada.

UNA CARTA DESCONOCIDA DE MOISES MAIMONIDES Y UNA LOA POETICA EN HONOR DE ABRAHAM MAIMONIDES EN LA «GENISA» DE KAUFMANN

A. ScheiBer.

Ein unbekannter Brief Moses Maimunis und ein Lobgedicht zu ehren Abraham Maimunis.

"Acta Orientalia". Akademia Scientiarum Hungaricae. Budapest. 1963, XVIII, 3, p. 359.

I. La carta de Maimónides

La «Genisa» es una inagotable fuente de manuscritos relativos a Maimónides, entre ellos autógrafos. Figuran entre los últimos, cartas, escritas de su propio puño y letra. Su número va acrecentándose a medida que avanza la investigación según las directrices trazadas por S. D. Goitein. S. M. Stern ha preparado la publicación de nuevas cartas, cuyo valor prin-

principal es ofrecer elementos para una consideración de los problemas personales de Maimónides.

A continuación (páginas siguientes) facilitamos un fragmento de una carta hasta la fecha desconocida. Se encuentra en la colección Kaufmann, que posee la Academia Húngara de Ciencias. Si signatura es 123/a. y consiste en dos hojas de papel, separadas, cuya medida son 11 x 15.5 cm., escritas en lengua árabe y en bonita escritura cuadrangular.

He aquí su contenido: En la página la-b habla de sus enemigos y de sus admirados o respetados; los insensatos y los envidiosos se burlan de él y le contradicen. Por otra parte ha llegado a su conocimiento, por conductos verbales y escritos, que algunos, escasos y de no muy destacada personalidad, en países distintos han comprendido la verdad. Estos o han leído sus obras u oído sus argumentos.

En la página 2a-b clasifica a los judíos en tres grupos: los que se han alejado del judaísmo y son ya como paganos. Los que cumplen con el Sábado y con el ritual de comida prescrito por la Ley, pero que sin embargo son como los Minim (aquí se refiere abiertamente a los Karaitas). Y finalmente los que están vinculados firmemente al judaísmo y creen en los principios de la Thora.

Confirma la paternidad de Maimónides, o por lo menos es un argumento de calidad en favor de la tesis; el hecho de hablarse en esta carta de sus enemigos a los que se había referido Maimónides ampliamente en otras cartas anteriores. Igualmente habla aquí de la expansión de su doctrina como ya lo había efectuado antes en (8) o como Abraham Maimónides, quien escribió que las obras de su padre habían sido remitidas a sabios que posteriormente habían dirigido al mismo preguntas y efectuado investigaciones en relación con su contenido. Finalmente en los signos de escritura utiliza indistintamente la T común árabe y la T cuadrangular como lo hacía el mismo Maimónides y los miembros de su familia.

Estimo digno de mención el criterio del Profesor D. H. Baneth con el que epistolarmente he tratado del texto de la referida carta, el cual tiene la impresión de que el autor de la misma es hombre que quiere encauzar un nuevo movimiento religioso; y que su estilo es tan pretencioso y similar al de Maimónides que le recuerda a Abraham Maimónides, que en su KIFAJAT-AL-ABIDIN anuncia una nueva forma de judaísmo. Y que el libro que acaba de citarse, o por lo menos una parte del mismo, pronto fué conocido en alejadas zonas geográficas lo muestra una expresión de su propia carta:... Pero también el profesor Banethno desmiente la possibili-

dad de una paternidad de la carta por lo que se refiere a Maimónides (hay que entender Moisés), cosa que nosotros estimamos muy posible.

Antes de publicar el mismo texto queremos manifestar nuestra gratitud al profesor de Jerusalén Dr. J. Blau por su amistosa colaboración.

(Reproduce fotográficamente el texto de la carta en hebreo).

II. Loa poética en honor de Abraham Maimónides

Hace algunos años, en relación con Abraham Maimónides publicamos un texto de la «Genisa» de Kaufmann: una pregunta dirigida al mismo.

En esta ocasión ofrecemos una poesía escrita en honor suyo. La signatura del manuscrito es 158: una sola hoja de papel. Sus medidas son 17,5 x 26,5; escritura cuadrangular. Como S. Widder desconocía su contenido no le fué posible anotarla en su catálogo hasta que fué interpretada y publicada.

En una página de la hoja está la poesía y debajo de ella ejercicios de escritura. En el reverso se encuentra un texto filosófico árabe que el autor de la poesía copia de alguna parte. También siguen ejercicios de escritura.

La composición no tiene valor poético alguno. El autor debió ser un hombre muy simple que buscaba palabras bonitas y aspiraba al buen sonido, importándole muy poco que el sentido general cojera aquí y allá. Sin embargo tiene un cierto interés ya que muestra la popularidad y fama de Maimónides que provocaba estas manifestaciones de naturaleza espiritual, pese a que en el presente caso fueran de baja calidad.

A título de testimonio ofrecemos a continuación las 27 líneas de versos; no merece la pena publicar la totalidad. Ello basta para mostrar lo que se propuso el «poeta»: pide al hermoso Nagib una dulce dádiva.

En la página 398 de la Revista aparece una rescensión de la obra de Shaked relativa a la Bibliografía de los Documentos de Genisa, que aproximadamente son 250.000, y que se encuentran dispersos en diversas colecciones.

Es de anotar que en la página siguiente bajo el n. 39 se refiere a una obra de Allony de 1959 «Tesoro de los Judíos Sefardíes».